

La guillotine

Nerea N

La Guillotina



Capítulo 1

Capítulo I

Encuentro en el Liceo

El espectáculo había comenzado. Lo más selecto de la sociedad de Marsella se había reunido en el Gran Liceo. Los caballeros vestidos con trajes elegantes y las señoras luciendo sus costosas joyas, ocupaban los primeros asientos.

Madame Layé había llevado a su hija, la señorita Anais. Tenía 17 años. Era una joven delgada, de rostro sereno. Su frente lisa sobre aquellos ojos verdes e impenetrables. La nariz aguileña y aquella boca sensual de labios gruesos, se erguía sobre un cuello largo y estilizado. El cabello brillante y sedoso, color de trigo, caía ondulado sobre los hombros y se extendía hasta su espalda. Era muy tímida.

Del otro lado del teatro estaba sentado el señor Leblanc. Un hombre de unos 50 años, que había llegado a la ciudad poco tiempo atrás. Había alquilado una lujosa casa en las afueras de Marsella. Era una mansión espléndida, y seguramente muchos pensarían que el caballero no tenía en sus planes echar raíces en aquella región de Francia.

Asistía a todas las reuniones de la alta sociedad. Decía ser un importante hombre de negocios. Era de estatura mediana, el cabello ralo y una incipiente barriga comenzaba a aparecer tras su fina camisa de seda blanca, debajo del lujoso traje, hecho a la medida, por el mejor sastre de París, donde decía haber nacido y vivido buena parte de su vida. Se comentaba que sentía gran debilidad por las mujeres extremadamente jóvenes. Tenía dinero, y eso siempre amortiguaba las críticas de la sociedad.

Desde su platea, vio a la señorita Anais. Con discreción, se colocó sus lentes, unos quevedos de montura plateada. Carecían de patas y los ajustaba con mucho cuidado a su prolongada nariz de pico de loro, con una pequeña verruga en la parte inferior derecha. La visión era perfecta. Un leve temblor sacudió su cuerpo. La lujuria comenzaba a despertarse dentro de sus entrañas. Imaginó el inmenso placer que supondría desnudar a aquella chica, la cual lo miraría con cara de terror, mientras él despojaba de todos los rastros virginales aquel cuerpo, que era una oda a la perfección. Ningún hombre la habría visto desnuda, y él sería el primero, en verla, tocarla, recorrer sus partes íntimas y finalmente poseerla, disfrutando de su timidez, mientras miraba su rostro contorsionado por el dolor y la vergüenza.

Sin embargo, tendría que urdir un plan perfecto. Podría haber dado órdenes de que secuestraran a la chica, que la llevaran a su carruaje, en un sitio oscuro y desierto y allí hacerla suya, pero, ¿Y después qué? Sabía que a pesar de asistir a algunas reuniones “de lujo”, la situación económica de la mujer y su hija no era buena.

Dado el caso que se negaran a aceptar un generoso “donativo”, podría ser denunciado y acabar en manos de las autoridades. Con toda certeza sería condenado a muerte en la guillotina. Se aterrorizó al imaginar su cuello regordete y con algunas arrugas, cercenado por la gigante cuchilla de acero que caía desde lo alto. El horror se apoderó de él durante un instante.

La ópera Valkiria de Wagner continuaba su curso. La soprano se arrodillaba en el escenario y cantaba, elevando su magnífica voz sobre la orquesta, al encontrarse con la desafortunada Siglinda, mientras todos los presentes asistían maravillados a aquel despliegue de arte y buen gusto.

Al terminar la función, después de grandes aplausos y ovaciones, los asistentes se fueron retirando lentamente.

El señor Leblanc se acercó con discreción a la distinguida señora, que iba acompañada de su hija, tomada del brazo, aproximándose a la entrada.

—Madame Layé, reciba usted mis respetos. No había tenido el placer de saludarla. Es un gusto verla a usted y a la distinguida damisela que le acompaña, su hija, supongo.

La señora Layé contuvo el aliento. Hubiera querido gritar en aquel momento, lanzarse a su cuello y desgarrarlo. Sin embargo, su educación le obligaba a mantener las buenas maneras. Contuvo su rabia. Aquel hombre no podía siquiera llegar a sospechar que ella sabía quién era.

—Perdone usted si ahora no puedo recordar de dónde nos conocemos. Tengo una memoria horrible —sonrió, disculpándose—. El placer es mío. Permítame presentarle a mi hija, la señorita Anais.

Leblanc se inclinó, haciendo una reverencia ante la joven.

—Es un grandísimo placer conocerle mi estimada damisela —la chica asintió, con una leve sonrisa, ante aquel hombre que, por su edad, podría ser su padre—. Permítame llevarles a su casa en mi carruaje, señora Layé —dijo, cortésmente.

—Se lo agradezco mucho. Tal vez no debería aceptar —vaciló un instante.

—La noche está fría, y no dormiría tranquilo sabiendo que he podido

ayudarles y no lo he hecho. Por favor, síganme.

La señora y su hija acompañaron al caballero. Solo la conocía de vista. Los tres subieron al carruaje. Después de cerrar las portezuelas, el cochero se subió al pescante y tomando las riendas del caballo, echó a andar.

—Estamos muy agradecidas por este gesto suyo —le dijo la señora, sacando fuerzas de donde no existían.

—No hay nada que agradecer —le respondió con una sonrisa— ¿Hace poco que viven en esta ciudad?

—Solo dos meses. Mi esposo murió y nos hemos trasladado a las afueras. Necesitamos tranquilidad.

—Comprendo perfectamente, a la par que lamento su pérdida. Si en algo puedo ayudarles, aquí les dejo mi dirección —dijo, extendiéndoles una pequeña tarjeta.

—Muchas gracias señor Leblanc. Habíamos oído hablar de usted, y ahora tenemos el privilegio de haberle conocido.

—Espero que bien —bromeó, exhibiendo su mejor sonrisa.

—Por supuesto —respondió la señora, indicándole que ya habían llegado.

El cochero les abrió la puerta y les ayudó a bajar. Desde la ventanilla, el caballero se despidió de las dos mujeres, observándolas, mientras entraban a su casa.

Era una casa grande y antigua, rodeada por una verja, detrás de la cual había una pequeña huerta, que en otro tiempo había sido un jardín.

La madre de la señorita representaba unos 45 años. Era una mujer hermosa, que, aunque ya había pasado la flor de la juventud, todavía conservaba mucho de aquella belleza que un día tuvo.

Leblanc pensó que no estaba nada mal, pero su objetivo era la hija. Aquel botón, recién convertido en rosa, tendría que ser de él, tendría que estrenarla, aunque le costara muy caro. Pero para que todo transcurriera normalmente, habría que averiguar hasta el más ínfimo detalle de la vida de aquellas dos mujeres.

Capítulo 2

Dos años atrás

El castillo de Carcasona

Corría el aire por toda la comarca de Carcasona, aquella hermosa ciudad, llena de murallas, que estaba a medio camino, entre Perpinán y Toulouse, en el sur de Francia.

En una alcoba de un viejo castillo medieval, con la ayuda de un criado, amigo suyo, se encontraba escondido el temido Chandler, asesino y violador huido de la justicia francesa. Era un hombre refinado, de amplia cultura y sobre todo poseía el don de pasar inadvertido. Su gran habilidad para disfrazarse, le había servido para escapar de la prisión de La Bastilla, dos años atrás, mientras esperaba juicio, después de haber sido arrestado por varios robos, así como violar y matar a varias mujeres, y descuartizar a una de ellas.

Ambroise, que era el nombre de su sirviente, había logrado ganarse la confianza de la familia del castillo. Cuando Chandler escapó, ya le tenía preparada una confortable habitación en aquel apartado lugar, sin que nadie sospechara nada.

Estaba ubicada detrás de un compartimento secreto, en un ala de la fortaleza, por donde nunca pasaba nadie. Al girar un adorno en forma de mujer, tallado en madera, que estaba sobre una repisa, esta se movía hacia la izquierda, dejando ver otra habitación, al fondo. Ni siquiera los dueños conocían de su existencia. Allí se escondía Chandler, quien recibía cada día generosas porciones de agua, vino y comida.

Ambroise entró a la habitación del temido forajido, al cual consideraba su dueño y señor, por haberlo salvado de la muerte, cuando se estaba ahogando en el río Sena. Este le agarró por el brazo y le pidió que se sentara a su lado.

—Echo de menos el cuerpo de una mujer amigo mío. Llevo encerrado aquí dos años y ya es hora de volver a tener contacto con el sexo femenino.

—Mi señor —respondió su fiel servidor—, comprendo vuestra situación. Conociéndole, bastante habéis aguantado. Lo más que podría hacer, es traer una meretriz, siempre con los ojos vendados, y pagándole por lo menos cinco escudos.

—No, mi querido Ambroise. Es cierto que tenemos una buena cantidad de dinero, pero hemos de ahorrarlo, para el día en que salgamos de aquí,

que, de acuerdo a mis planes, será pronto.

— ¿Entonces? —preguntó su asistente.

—Desde la pequeña ventana que está en lo alto de mi habitación, subido en la escalera, para contemplar los árboles y el verdor de los prados circundantes, he visto una joven muchacha. Calculo que tendrá uno quince o dieciséis años. Siempre va sola a buscar agua al río.

—Pero ...mi señor ... ¿Acaso pretende poseer a la moza por la fuerza?

—Exactamente. No me atraen las meretrices. Son lobas que han fornicado con medio mundo. Necesito la inocencia, y esa chica no debe haber conocido varón.

—Mi consejo es que se aparte de esa idea. Deje a la moza en paz. Además de una gran maldad, se meterá en problemas.

—Bien se ve que no conociste mi época de cazador. Cada vez que veía a una chica guapa, la seguía, observaba cuidadosamente todos sus pasos. A veces me tomaba semanas. Y cuando nadie lo imaginaba ¡Zas! Allí estaba yo. A veces forcejeaban un poco, y no te mentiría si te dijera que aquello me agradaba. Otras, caían rendidas ante mí por el miedo que les inspiraba mi cuchillo, este mismo que ves aquí —dijo, mostrándole la afilada pieza de acero, que llevaba sus iniciales en el cabo.

—Nunca supe que se dedicaba a tamañas fechorías —dijo el chico, que ignoraba las grandes maldades que su señor había hecho, antes de salvarlo. Siempre pensó que estaba había estado preso por robos, estafas y cosas semejantes. Estaba horrorizado, pero de momento, no podía hacer nada.

—¡Silencio! —levantó la voz airado—. No te permito que hagas valoraciones sobre mi pasado. Volvamos al tema. Hoy es domingo. Los dueños del castillo salen a pasear durante el día y la escasa servidumbre tiene el día de fiesta. Lo demás me lo dejáis a mí, que yo respondo por mis hechos. Ahora vete —le dijo—, y no vengas por aquí hasta mañana. No necesitaré nada. Adiós.

Y su criado se marchó. Chandler quedó solo con sus pensamientos. Había llegado el momento de salir a cazar.

Capítulo 3

En el bosque

Estaba atardeciendo. Chandler se aseguró que estaba solo en aquella fortaleza. Tal vez hasta su criado se había marchado, temiendo lo que pudiera suceder.

Arrastrándose como una alimaña, salió por uno de los túneles que comunicaban el sótano del castillo con el exterior. Había tanto silencio, que hasta se podía oír el zumbido de una mosca. Miró por los alrededores, pero no había nadie. Se escondió detrás de unos grandes árboles, que rodeaban la desembocadura del pequeño río.

Una hora después, sintió unos pasos. Era la chica que se acercaba con un barreño vacío. Rápido como una flecha, saltó desde atrás, la agarró fuertemente, amordazándola con un pañuelo y echándosela al hombro, cargó con ella hacia donde el bosquecillo era más espeso.

Puso a la chica en la hierba y arrodillándose frente a ella, sacó un cuchillo.

—Te voy a quitar la mordaza, pero si gritas, te cortó la lengua.

—Por favor, dejadme ir. No me matéis. Soy pobre. No tengo nada que ofreceros.

—¿Has conocido varón? —le preguntó.

—No, pero estoy comprometida para casarme. Dejadme ir.

—Entonces sí tienes qué ofrecerme —le dijo con una sonrisa lasciva.

El rostro de la muchacha reflejaba el horror en su máxima expresión.

Sabiendo que la chica no se mantendría callada, la volvió a amordazar. Ella intentó resistirse, pero le dio dos bofetadas tan fuertes, que no se volvió a mover.

Raudo y veloz la despojó de sus ropas. Cual diestro cirujano, hizo un corte de arriba abajo en el largo vestido. Introdujo la mano y le fue quitando toda la ropa interior, hasta que sacó la prenda más íntima. Cuando se vio desnuda, la joven hizo un último intento de resistencia, cerrando sus piernas e intentando levantarse, pero volvió a sentir el afilado acero en su rostro. Entonces dejó de resistirse. Se oyeron varios

quejidos, gritos ahogados por la mordaza.

—¡Abre las piernas y quédate tranquila! —gritó.

Con sus toscas manos se las abrió bruscamente, dejando ver el pequeño triángulo de vellos oscuros. Se acabó de colocar encima de ella.

Un rato después, ya la había poseído.

El horror y las lágrimas cubrían el rostro de la doncella recién forzada, que echa un ovillo, sobre las hojas húmedas, intentaba cubrir sus pechos. Un hilo de sangre manchaba la parte interior de sus muslos.

Chandler buscó el cuchillo a su alrededor, pero había desaparecido. Se levantó, buscando y retrocedió, procurando encontrarlo, porque mientras trataba de desnudar a la moza, esta se echaba hacia atrás y así recorrieron un buen tramo sobre la tierra que bordeaba el agua, pero no lo encontraba. Tuvo que desandar el camino, hasta el lugar donde la había capturado. Había muchos árboles. El arma no apareció. Tendría que usar sus propias manos para matarla, y después echarla al río. Cuando se dispuso a cometer semejante felonía, se dirigió al lugar donde había dejado a la campesina, pero esta había desaparecido.

Como una fiera, oteó el horizonte en busca de su presa. Pronto descubrió que la chica se había subido a un árbol, tratando de ocultarse.

Chandler subió y de un empujón la lanzó hacia abajo. Cayó en la hierba, medio aturrida. Intentó levantarse, lo logró. Dio unos pasos, tratando de orientarse, y al girarse, vio la figura del hombre que la había forzado. Enseguida sintió que le apretaban el cuello. Trató de soltarse, pero no podía luchar contra una fuerza que la superaba en todos los sentidos. Lo miró, suplicante, pero él continuó apretando. Su rostro comenzaba a tornarse morado. Segundos después se desvaneció.

Aún sobre la tierra, las manos de su captor seguían presionando. Se oyó un leve crujido. Le había roto el cuello. Un poco más —se dijo a sí mismo—, y finalmente comprobó que el corazón había dejado de latir.

En aquel momento, al levantar la vista se percató de que alguien lo observaba de lejos, detrás de unos arbustos. Un chiquillo tal vez, o una mujer. No podía distinguir.

Alterado, como si mil demonios lo estuvieran persiguiendo, lanzó a la chica al agua y regresó corriendo por los túneles a su habitación en el castillo.

Horas después, entró el mancebo.

— Han violado y asesinado a una chica, antes de arrojar su cuerpo al río. Su familia acaba de denunciar el caso. Los soldados pronto estarán aquí. Van a registrar todos los alrededores, incluyendo el castillo.

— ¡Maldición! —gritó Chandler, dando un puñetazo sobre la pequeña mesa de la estancia. ¿Y ahora qué hacemos?

—Imaginé que había sido usted —dijo con la furia y el desprecio reflejado en el rostro—. Jamás volveré a ayudarle. Mi deuda con usted queda saldada.

—¡Cállate insolente! Si sigues hablando, te mataré a ti también. Dime qué puedo hacer —rugió enfurecido.

—Buscad el mejor disfraz, tomad todo vuestro dinero y marchaos.

—¿Y tú? ¿No vienes conmigo? —le increpó desafiante.

—Será mejor que me quede, así, al menos intentaré despistar a los soldados.

— ¿A dónde voy a ir solo? Te vienes conmigo.

—Le será más fácil escapar estando solo. Si lo capturan, teniendo en cuenta que es un preso fugado, desde hace dos años, sumado a la chica que ha violado y matado, más todas las maldades que ha cometido, irá directo a la guillotina.

La palabra guillotina le puso los pelos de punta. En un abrir y cerrar de ojos, se disfrazó de la mejor forma posible, tomó consigo todo el dinero y se alistó para salir.

—Trataré de llegar a Marsella. Es una ciudad importante y mucho más grande. Allí empezaré una nueva vida.

— ¿No me dejará algo de dinero para mí? —inquirió el mancebo—.

—Lo siento Ambroise, pero lo necesito. Y dándole dos suaves palmadas en la cara, se despidió del chico, y se marchó.

Capítulo 4

Dos años después

El comisario Belmont

La oficina estaba patas arriba. El comisario Antoine Belmont solo llevaba dos semanas en su cargo. Era un hombre que se acercaba a los sesenta, pero su mente permanecía tan aguda como 35 años atrás, cuando comenzó como detective privado.

La mesa estaba llena de papeles.

Había varios casos que llevaban años sin resolverse. Dentro de ellos el de un forajido, que había huido de la prisión de La Bastilla, acusado de varios robos, violaciones y asesinatos. Se había esfumado.

Una mañana muy fría, se acercó a la comisaría un joven que caminaba jorobado y cojeando de una pierna. Tenía el pelo largo y una extraña deformación en la cara. Dirigiéndose al comisario, le dijo:

—Soy nuevo en la ciudad, y ando buscando trabajo. Me llamo Jacobo. Puedo limpiar, cocinar, hacer recados.

—Lo siento muchacho, pero no tengo dinero para pagar empleados.

—No, si yo le trabajaría de gratis. Solo busco comida y un lugar donde dormir.

—Vamos a ver —dijo el comisario de la pequeña ciudad de Carpentras, cercana a la gran Marsella—, ¿sabes leer y escribir?

—Perfectamente señor.

—Pues te tomaré a prueba. De momento no te puedo ofrecer alojamiento, pero necesito que me hagas una buena limpieza en la oficina y después me ordenes todos estos papeles, en la forma que te diré. A las doce iremos a almorzar.

Belmont lo miraba de reojo, mientras trabajaba. A pesar de su impedimento físico, el chico era rápido, organizado y parecía muy listo. A las doce menos cuarto, la oficina estaba completamente limpia y ordenada.

Fueron a la taberna más cercana, y pidieron una sopa de gallina con hierbas aromáticas y de segundo una ración de lengua de conejo con verduras. Todo acompañado con una buena copa de Borgoña. Belmont

observaba al chico, que en un santiamén había dado buena cuenta de todo.

—¿Desde cuándo estás en la ciudad? —preguntó el oficial de la ley.

—Hace tres días. Trabajaba en un circo, en Saint Gilles, pero un incendio lo destruyó, y dando tumbos he llegado hasta aquí.

—Sí, he oído de la tragedia acontecida allí.

—Salvé la vida milagrosamente. Huyendo del fuego, caí de una altura de 10 toesas. Podía haberme matado. Me quebré una pierna y se me dislocó el hombro izquierdo. También me ha quedado esta cicatriz en la cara. Me dañé la espina dorsal, y por eso camino algo encorvado.

—Veo que te salvaste por los pelos —apuntó el comisario.

—En realidad pelo es lo único que me queda —sonrió el muchacho.

—¿Dónde estás durmiendo?

—Debajo de un pequeño puente, detrás de la iglesia.

—Vamos a ver Jacobo, como puedes ver, Carpentras es una ciudad pequeña. Soy un oficial insignificante, al cual han enviado aquí debido a que el anterior enfermó gravemente y murió. Tengo montones de papeles con casos pendientes de resolver, la mayoría de esos casos pertenecen a otras ciudades, con las cuales colaboramos, porque aquí, gracias a Dios, nunca pasa nada. y la oficina de la comisaría es un espacio muy pequeño. Sin embargo, en la parte de atrás hay un cuartito pequeño. Puedes buscarte un jergón y una manta y te puedes quedar allí. Eso sí, nadie debe saberlo. Lo estoy haciendo por ayudarte.

—Muchas gracias señor. Le aseguro que no se arrepentirá de haberme ayudado.

—Y lo más importante, nunca debes comentar a nadie lo que oigas allí, ni nada en lo absoluto de los documentos que llenan la estantería.

—No se preocupe señor. Soy una tumba cerrada.

El comisario pagó al tabernero y regresó con el chico a su lugar de trabajo.

Mientras caminaban hacia la comisaría, pasaba una carreta, tirada de un viejo caballo. El señor Belmont enseñada se dio cuenta de que el rostro

del chico se había demudado. Estaba blanco como la nieve.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó—. Tal parece que hubieras visto un fantasma.

—No, no pasa nada —mintió—. Es que hace mucho tiempo que no comía tan bien. Creo que el estómago se me ha asustado —, y continuaron su camino.

Capítulo 5

El plan

El señor Leblanc, había iniciado una serie de averiguaciones sobre la señorita Anais. Sus pesquisas lo habían llevado a Carpentras, donde acostumbraba a pasar cortas temporadas, en casa de una hermana de su madre.

Inmediatamente trazó un plan que no podía fallar. Tendría que llegar a aquella casa, cuando la chica estuviera allí, deshacerse de la tía y lo demás sería pan comido. Sin embargo, tendría que hacerlo todo solo. No podía arriesgarse a que alguien fuera capturado y lo delatara.

El primer fin de semana, se mantuvo rodeando los alrededores, vigilando hasta el más mínimo movimiento. Notó que la señora salía a mediodía y regresaba dos horas después. El segundo fin de semana, acudió al mismo lugar, y el patrón se repitió exactamente. No sabía a qué salía la mujer, pero siempre lo hacía, a la misma hora y durante el mismo tiempo.

Tendría que entrar. Ese sería el mayor escollo. La joven no abriría la puerta a un desconocido, y menos a un hombre. Si lograba franquear esa barrera, lo demás sería coser y cantar.

Leblanc había alquilado una habitación en una pensión barata en Carpentras. Allí no necesitaba hacerse pasar por un caballero rico. Se había quitado sus ropas caras, y solo llevaba una pequeña maleta. Precisaba pasar inadvertido.

Cerró la puerta del humilde aposento y se acostó en la cama, que chirrió con el peso de su cuerpo. Necesitaba pensar. Lo que iba a hacer, tendría que hacerlo el domingo siguiente. No era conveniente pasar más tiempo en el lugar, aunque había tenido la precaución de no dejarse ver. Solo salía un rato breve. Un gran sombrero ocultaba la totalidad de su cabeza, y entre el abrigo, las botas y los guantes, pasaba por uno de los muchos campesinos que iban a trabajar en la vendimia, en los grandes viñedos que rodeaban la comarca.

Confesiones

A pesar de los pocos días que llevaban juntos, la relación entre el viejo Belmont y Jacobo se había estrechado.

Una tarde, después de terminar la jornada de trabajo, mientras conversaban sentados en la parte trasera de la comisaría, donde nunca

ocurría nada, porque era un lugar muy tranquilo, un pueblo lleno de gente pacífica, Jacobo decidió contarle toda la verdad al comisario.

—Nunca trabajé en ningún circo. Tampoco me he caído de un lugar alto. En ese momento, el mancebo se enderezó. Su cuerpo estaba en perfecto estado. Caminaba perfectamente. No había ningún tipo de cojera o imperfección en sus extremidades. Se acercó a un espejo y se desprendió un trozo de piel falsa que semejaba una cicatriz. Tampoco tengo marcas en la cara.

El comisario no daba crédito a lo que estaba viendo.

—¿Por qué me has engañado? —le preguntó, clavando sus ojos en los de él, como dos puñales afilados.

—Porque estaba buscando a un hombre, a un criminal. Mi verdadero nombre es Ambroise y no Jacobo —le espetó sin vacilación.

El joven le contó toda la verdad sobre su pasado, con pelos y señales. Belmont no salía de su asombro. Después se hizo un gran silencio entre los dos.

—Ahora yo debería detenerte. Como mínimo pasarás unos cuantos años en la cárcel, por tratar de hacer las cosas por tu cuenta, al margen de la justicia.

—Pero yo le propongo un trato, que creo sinceramente que usted aceptará.

—¿Qué puedes darme tú a mí muchacho? Ya soy un viejo, a punto de retirarme. No tengo dinero en abundancia, pero con lo que gano tengo suficiente.

—¿Cuánto daría un soldado, un juez, un comisario, porque le entregaran al violador asesino, que escapó de la prisión de La Bastilla?

—Mucho daría cualquiera. Media Francia está detrás de él y nunca han logrado apresarlo. El que lo capture, se cubrirá de gloria para siempre.

—¿Y si yo se lo entregara?

—Ja ...ja ... ja ...—rio el comisario. ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Recuerda, que hace unos días, cuando regresábamos de comer, me preguntó si había visto un fantasma?

El rostro del representante de la ley se puso serio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, poniéndose de pie.

—Chandler, está en Carpentras. Le vengo siguiendo desde muy lejos.

— ¡Pardiez! ¿Por qué no me lo dijiste? —gritó Belmont, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Porque primero necesitaba hacer algunas averiguaciones.

—¡Habla, por Dios! —dijo el oficial visiblemente alterado.

—Chandler, radica actualmente en Marsella. Vive alquilado en una lujosa casa, en las afueras de la ciudad. Se hace pasar por un adinerado hombre de negocios. Intenta codearse con la más alta sociedad. Tiene una nueva identidad. Ahora es el señor Leblanc. Sin embargo, su maldad y sus vicios son los únicos que no han variado. Le ha echado el ojo a una señorita de nombre Anais, hija de una viuda que también vive en las afueras. Después le comentaré más acerca de ella.

—¿Cómo has podido averiguar todo eso?

—Déjeme proseguir, señor Belmont —dijo el joven, dándose ahora un aire de importancia—. La mencionada joven de tiempo a tiempo, acostumbra a pasar algunas semanas con una tía de ella aquí en Carpentras. Si ese mal nacido está aquí, es porque la está acechando. Está vigilando cada uno de sus movimientos, para caer sobre ella en el menor descuido, violarla y probablemente, matarla después.

—¿Dime dónde está y lo apresaré ahora mismo?

—Todo a su tiempo mi comisario. Mi promesa es entregárselo y lo haré esta misma semana.

El hombre meditó unos instantes.

—Supongo que estoy en tus manos, y que no tengo otra alternativa que confiar en ti. Pero si algo sale mal, te entregaré a las autoridades de Marsella y serás juzgado como su cómplice.

—Trato hecho —dijo el muchacho, y poniéndose de pie le extendió la mano, en señal de pacto. El comisario, con rostro receloso, le apretó la de él. La suerte estaba echada.

Capítulo 6

Fin de semana

El forajido se acercó sigilosamente a la arboleda que rodeaba la casa. Al fin salió la tía, que era la dueña del inmueble. La chica estaría sola.

Se había disfrazado de mujer. Llevaba el típico atuendo de una campesina del lugar. Lo que más le pesaba era haberse tenido que afeitar su bigote y sus patillas, pero el plato que estaba a punto de degustar bien lo valía.

Por un momento se detuvo a pensar en la chica, como la engañaría, tocando a la puerta y haciéndole alguna pregunta, cualquier cosa valdría. Después entrar, cerrarla bien y taponarle la boca. Llevarla a rastras hasta la alcoba, contemplar su cara de horror, amordazarla bien, para que no se oyeran sus gritos, aunque la casa estaba tan alejada, que nadie los oiría. Luego el horror reflejado en el rostro. Las lágrimas, los intentos por librarse de él. El momento de desnudarla, rápida y bruscamente, arrancando todo lo que llevara encima, hasta que dejarla como su madre la había parido.

Después su rendición total, su abandono al ver que era inútil luchar contra un hombre tan fuerte y con tantos deseos de poseerla, que parecía un caballo desbocado. Finalmente procedería a su desfloración. Lo haría de la forma más dolorosa posible. Pánico, terror ... dolor...espanto ... eso sentiría.

Luego de terminar. La contemplaría desnuda sobre la cama. Después, la parte más difícil. La estrangularía con el mismo pañuelo con que le había sellado la boca. La sacaría de la casa, con mucho cuidado, para subirla a la carreta repleta de hierba, tirada por un caballo, en la cual había venido, y llevarla lejos para enterrarla, en aquel hoyo que había cavado dos días antes, en las profundidades del bosque. Nada podía fallar.

Tocó la puerta de la casa. Tendría que aprovechar el efecto sorpresa. Tampoco podría hablar mucho, porque su voz masculina lo delataría. El corazón latía de prisa. Escuchó pasos. Tenía que ser ella. La puerta se abrió. Era ella. Olió su perfume. Echó una rápida mirada al salón. Estaba sola. Sonrió maliciosamente.

—¿En qué puede ayudarle, buena mujer? —dijo la chica con dulzura.

Al escuchar su voz, su personalidad retorcida sintió una profunda excitación. Volvió a sonreír y sin esperar más se puso la mano en el pecho, como quien tiene un dolor repentino, un ataque al corazón, tal vez,

y fingió que se caía.

—Anais, pensando que le estaba dando una fatiga, intentó ayudarlo. Pensaba que se trataba de una mujer. Su habilidad para los disfraces se había ido perfeccionando a medida que cometía un nuevo robo, un nuevo crimen, una nueva violación. Aprovechando el desconcierto de aquel momento, entró dando tumbos. Una vez en el salón empujó la puerta y esta se cerró.

Rápido como un rayo, atacó a la joven y la inmovilizó. Le puso la mordaza y cargó con ella hacia la estancia que se encontraba a la derecha. Había acertado. Era el dormitorio. La lanzó sobre la cama y se quitó la peluca. Una carcajada diabólica resonó en la habitación. Justo cuando comenzaba a bajarse el pantalón el frío acero de una bayoneta presionó su espalda.

—¡Quedas detenido en nombre de la ley Chandler! —gritó el comisario detrás de él.

Inmediatamente entraron al cuarto dos soldados más. Desarmaron y ataron a Chandler, mientras el comisario le quitaba la venda de la boca a la señorita, que yacía sobre la cama. Lo subieron a su misma carreta y lo condujeron al calabozo del pequeño cuartel de Carpentras.

Belmont envió la buena nueva a sus superiores en Marsella. Al día siguiente lo trasladaron, muy bien escoltado, a la gran ciudad.

Dos días después se celebró el juicio. Se unieron los cargos que ya pesaban sobre él, junto a otros nuevos. Era más que suficiente. Chandler fue condenado a muerte en la guillotina.

Por razones de seguridad, así como los antecedentes de fugas anteriores, el reo sería ejecutado al amanecer, en la plaza pública, pues de ser llevado hasta la plaza de la Concordia, en Paris, que era donde habitualmente se realizaban las ejecuciones de ese tipo, podría haber vuelto a escapar.

Capítulo 7

La ejecución

Poco a poco, desde muy temprano, los ciudadanos de Marsella se habían acercado a la plaza principal. Un hora antes, ya había una multitud reunida. La temperatura había descendido y el cielo estaba totalmente gris.

Se habían colocado varios asientos, destinados a las personalidades más relevantes de la ciudad. El alcalde, jueces y miembros del concejo, y algunos invitados de honor.

Se trataba de un acontecimiento muy importante. El asesino había tenido en vilo a toda la nación durante más de dos años.

La prensa llevaba la noticia a todo el país. Diarios como "L'Ami du Peuple" y "Le Spectateur Français" se hacían eco del juicio y ejecución del criminal más buscado de los últimos tiempos.

Se oyó el repiquetear de los tambores. De una gran carreta tirada por caballos, dos soldados hacían descender a Chandler y lo conducían al patíbulo. La multitud quedó en silencio.

Con las manos amarradas detrás de la espalda y los ojos vendados, los guardias lograron subirlo a duras penas a aquella tarima que tenía la altura de un hombre, y desde la cual, los espectadores podían ver cada detalle.

Entonces le quitaron la venda. Chandler estaba frente a frente con la máquina más temida de Francia, la guillotina. Pintada de rojo, sobre aquel cadalso, su aspecto era imponente.

El rostro de Chandler estaba contorsionado, como una máscara terrorífica. Observó las dos barras verticales, que, aunque no eran tan altas, a él le pareció que llegaban al cielo. En la parte superior, la imponente cuchilla de acero en forma de triángulo.

Grandes temblores se apoderaron de él. Le parecía que estaba delirando. Veía sentada frente al patíbulo a la chica que había asesinado en Carcasona. A su lado, junto a su madre, a la señorita Anais, a la cual había intentado violar y matar. También veía a su ayudante Ambroise. Era como si algunos fantasmas del pasado hubieran acudido a su ejecución. No sabía si estaba delirando o si era una realidad.

Por un instante intentó bajar y escapar, pero las pesadas manos de los soldados lo agarraron enseguida y se lo entregaron al verdugo, que

parecía un Hércules, fornido y con la capucha negra cubriendo su cabeza. Comenzaba a lloviznar en aquella oscura mañana marsellesa.

Con prisa, el verdugo lo acostó sobre la báscula posterior y le metió su cabeza en el cepo. Chandler quedó mirando hacia abajo, al inmenso saco de cuero. Allí caería su cabeza. Las sacudidas de su cuerpo eran espantosas, pero ya nada podía hacer. Por mucho que se agitara, no podría mover el cuello, que había quedado sujeto entre las dos medias lunas, por cuyo centro descendería la afilada hoja cortante. Los gritos del asesino eran horripilantes.

El alcaide leyó la sentencia en alta voz. Los tambores volvieron a sonar. El verdugo sujetó la palanca de la báscula. La cuchilla tenía encima un lastre adicional de plomo, tan pesado, que el ejecutor apenas podía cargarlo. Ello haría descender la cuchilla a una velocidad demoledora, capaz de cercenar el tronco de un grueso árbol. Por un instante hubo un silencio tan absoluto que podía escucharse hasta el zumbido de una mosca. El reo había dejado de gritar. Ahora su cuerpo se revolvía entre terribles temblores. Finalmente, el verdugo liberó la palanca, accionando el resorte. Como un rayo, la filosa hoja descendió desde lo alto, cercenando el cuello del condenado por el mismo centro, trozando las vértebras cervicales.

Quizá debido a alguna pequeña imprecisión en la inclinación de la navaja gigante, la cabeza cayó fuera del saco y comenzó a rodar, por la plataforma, mientras un río de sangre se derramaba a borbotones. El cuerpo decapitado, se sacudía en convulsiones espantosas, más intensas aun, que antes de morir. El verdugo se apresuró a recogerla y agarrándola por el pelo, la tiró al saco.

Una parte de la multitud estaba aterrada, mientras que la otra lanzaba gritos de victoria. Se había hecho justicia.

Poco a poco todos se fueron dispersando.

El general del ejército de la ciudad se acercó al comisario Belmont, que iba acompañado por su ayudante.

—Permítame felicitarle en nombre del estado mayor del cuerpo militar de la nación, por haber capturado al enemigo público número uno de Francia. Le propondré para la más alta condecoración.

El comisario interrumpió con una sonrisa al general.

—Se lo agradezco con todo mi corazón, pero debo confesarle que sin la ayuda de este joven que me acompaña, jamás lo habría capturado.

El militar de alto rango se dirigió al joven.

—¿Podría ser tan amable de contarnos cómo se las arregló para ayudar al comisario a apresar a semejante alimaña?

—Con mucho gusto —dijo Ambroise—. He sabido de las fechorías de ese hombre desde hace mucho tiempo. Trabajando en el castillo de Carcasona, él violó y estranguló a una joven campesina de los alrededores. Después escapó.

Aquella familia se destruyó casi por completo después de aquel acontecimiento. El padre de ella cayó en una gran depresión. Semanas después se quitó la vida.

Yo me acerqué para ayudarles. Trataba de infundirles ánimo, les llevaba comida. Comencé a visitarles dos o tres veces a la semana, según mi trabajo me lo permitía.

Poco tiempo después, la hermana de la joven que fue forzada por el hombre cuya cabeza está dentro de ese saco, se enamoró de mí y yo de ella. Le prometí a las dos que yo lo encontraría y lo entregaría a la justicia.

Le seguí el rastro. Nos trasladamos hasta Marsella y aquí alquilamos una casa en las afueras. Yo me mantenía oculto. A veces salía disfrazado, como un tullido, para que él no me reconociera. Se había instalado en la ciudad y se hacía pasar por un caballero de la alta sociedad. Anais y su madre han llevado la parte más difícil. Tuvieron que tratar con ese maldito, haciéndose pasar por otras personas, fingiendo que no pasaba nada, cara a cara, con el asesino de su hija y hermana respectivamente.

Una buena tarde tuve la suerte o la desgracia de verlo. Yo sabía que él estaba allí, pero no lo había visto aún. Pasaba en un carruaje.

Había conocido a Anais. La seguía, la vigilaba. Enseguida supe que buscaría la oportunidad para hacerle lo mismo que a su hermana.

Con la ayuda de una hermana de su madre, que vive en Carpentras, hicimos que él se enterara de que ella solía pasar temporadas en su casa. Y hasta allá se trasladó, haciéndose pasar por un vendimiador.

Vigilaba la casa. Esperaba el momento para atacar. Anais sería el cebo. Ella y su madre estuvieron de acuerdo. Me introduje dentro de la casa, junto a dos soldados y nos escondimos. El comisario vigilaba oculto, desde afuera.

Lo demás fue fácil. El señor Belmont y los soldados lo apresaron, justo

cuando intentaba deshonrar a la señorita. Y esa es la historia.

El general le dio una palmada en el hombro al muchacho, en señal de admiración por el trabajo realizado.

—Pienso que tienes talento para investigar y capturar criminales. Si estás de acuerdo, te recomendaré a la mejor academia. Te formarán y recibirás un título y un empleo cuando hayas concluido tus estudios. No tendrás que pagar nada en lo absoluto.

Ambroise asintió, dando profundas muestras de agradecimiento. Cada cual se despidió. El general se unió a los soldados y se retiró de la plaza. La señorita Anais regresó a la casa alquilada con su madre. Valoraban la posibilidad de quedarse en Marsella. Era una ciudad grande y próspera. Pronto se casarían, y allí la vida parecía menos difícil.

Carcasona les traía muy malos recuerdos, aunque en lo profundo, todos sentían la satisfacción de haber vengado la muerte aquella chica, que, siendo casi una niña, había tenido la desgracia de que un asesino se cruzara en su camino. Desde aquel día, su hermana podría descansar en paz.

Belmont felicitó al joven y le dio un efusivo abrazo. Ambroise jamás contó a nadie que él había sido durante un tiempo el sirviente del célebre homicida. No se sentía culpable, porque el día que supo de sus crímenes, y quien verdaderamente era aquel hombre, fue el día que escapó del castillo. Y, sobre todo, porque después de aquel día, dedicó su vida a perseguirlo.

El comisario y él se alejaron lentamente de la plaza, viendo como la silueta de la cabeza de Chandler parecía observarles desde dentro del saco ensangrentado, a los pies de la guillotina.

Fin

